

fatal vigor. Mas ¡ay! todo esto era ya una religión de familia, un ideal que se desvanecía, un sentimiento que se acababa, un fuego del cual podía llamarse Porcia la Vesta; pero no estaba con Porcia Roma. La mujer pudo engañarse, y por tal modo perdona su error la historia, que veinte siglos no se han todavía cansado ciertamente de loarla y encarcerarla. Pero su marido no tenía razón igual para equivocarse, no. Él había vivido en medio de Roma, puesto su sede altísima de gobernador en las dos Galias, ejercido el dificultoso cargo de juez en el Foro, y conociendo las costumbres y las ideas debía saber que todo allí estaba por la dictadura y contra la república. Se fué la idea con el inspirado César y vino la fuerza con el brutal Antonio; se fué un pensamiento, una filosofía, un genio, y vino un general, un pretoriano, una bestia. El instinto de los hombres, que se acercan mucho á la inferior animalidad, y que se apartan de los ideales, resulta infalible casi, como el instinto de las fieras, el cual con dificultad suele equivocarse cuando se trata de su conservación ó de su reproducción. Al saber Antonio la indiferencia del pueblo respecto de sus libertadores, quitóse con presteza el disfraz que se había puesto para huir, y corrió á casa de Calpurnia la viuda en requerimiento del cadáver que pensaba poner como pedestal de su propia grandeza. Cal-

purcia le dió el testamento de César con los tesoros allegados en sus arcas y los documentos reunidos en su secretaría. Poseedor de éstos, con los documentos, interpretados á derechas ó á torcidas, auténticos ó falsos, creyóse Antonio un César, é inauguró el despotismo de la barbarie; con aquéllos, con los tesoros, creyóse Antonio un Creso é inauguró el reinado de la corrupción. ¡Terrible desengaño haber huído de César para encontrarse con Antonio! Y al encontrarse con aquel feroz y cruel soldado, borracho siempre, incapaz de todo pensamiento bueno y de todo acto moral, aun tuvieron que adularle y requerirle de amistad para ver si les salvaba. Y él, como ciertas alimañas, feroz y astuto, se dejaba querer y devolvía taimadísimos halagos á los requerimientos patricios y senatoriales, hasta indagar bien sus fuerzas y saber á ciencia cierta quién se quedaba con Roma. El despotismo iba descendiendo hasta convertirse por completo en monarquía militar. Imaginaos el desengaño de Porcia en aquella misma noche, verdaderamente lúgubre, aguardando la victoria de Catón, cuyos manes iban á satisfacerse con el restablecimiento de los antiguos crímenes republicanos; la victoria de Bruto, cuyas virtudes iban á emplearse todas en el gobierno de Róma, y encontrarse con la victoria del capitán vicioso y ebrio que se llamó Antonio.

Bruto y Casio no tuvieron más remedio que huir de Roma. El día consagrado á los funerales de César debieron perecer. El pueblo, viendo desvanecerse, consumido por las llamas, el inmortal dictador, cogió los tizones de la pira, y hubiera indudablemente abrasado las casas de los asesinos, á no impedírselo bien meditadas precauciones. Lanubio fué su retiro. El desengaño de Porcia no puede, no, encarecerse cual su intensidad lo pide y necesita. Egeria de la república resucitada, se había desplomado en el destierro. ¡Cuán tristes los días del desengaño y cuán largas las noches de insomnio al desengaño consiguientes! Pero como lo último á perderse aquí en la vida es la esperanza, aun los conjurados aguardaban del tiempo lo que no habían podido conseguir del entusiasmo. Creían al pueblo, que siempre se mueve por súbitos impulsos, fácil de mover por profundas reflexiones. Antonio no carecía de astucia, como hemos dicho, y temiendo competencias de la familia del dictador, sobre todo del sobrino Octavio, entretenía las esperanzas de los republicanos y entregaba dos gobiernos en Oriente á Bruto y Casio. Pero la situación de ambos resultaba extremadamente crítica. No podían ir á los gobiernos de cada cual sin dejar los cargos tenidos en Roma, y no podían dejar los cargos tenidos en Roma sin á Roma presentarse. Bru-

to, sobre todo, pretor urbano, estaba por las leyes fuera del deber al estar fuera de Roma. Sus licencias no podían extenderse allende diez días. ¿Y cómo volver en requerimiento de favores, y gracias, y sueldos? Los veteranos de César henchían las calles de Roma, y en su horror á los asesinos de seguro los matan. Entre las cartas de Cicerón hay dos por todo extremo interesantes, dirigidas á Tito Pomponio Ático, en el mes de Mayo subsiguiente al nefasto mes en que Bruto y Casio mataran á César. La pintura de aquella sociedad está fresquísima todavía. Tales colores dados á la historia en lo más oculto del hogar duran y perduran ciertamente. El orador, aunque no participó de la conjura, quiso ver á los conjurados. Los medios puestos por ellos en práctica, como el puñal esgrimido, como la sangre derramada, no estaban, no, en su conciencia y en sus inclinaciones. Pero de su partido y de su causa era, pues, un orador; como él, no podía consentir sin protesta que la tiranía derribara la tribuna de los Rostros y extinguiera el viejo ideal romano. Estaban los libertadores en Anzio. Bruto se holgó mucho al verle. Toda su familia rodeaba en este momento al tiranicida, empeñándose á porfía en aquietar su ánimo y abrir algún vado á sus esperanzas. Allí la vieja Servilia, la madre de Bruto, no consolada todavía del fin de César, á

quien debiera tan ricas y cuantiosas ofrendas tras el triunfo de Farsalia. Junto á la madre cesarista la estoica y republicana mujer, la inflexible Porcia, esperando todavía la resurrección de Roma. Con Porcia, su cuñada Tertula, hermana de Bruto y mujer de Casio. El hogar parecía una curia; los interlocutores una grande Asamblea. Como los pájaros cantan cuando oyen cantar, las gentes aquellas hablaban por lo mismo que departían con el primer orador de Roma y el segundo de la historia, con Marco Tulio Cicerón. La palabra proscrita se había refugiado en el hogar. La elocuencia doméstica, tristemente aquejada de incomprensible y vicioso énfasis, comenzaba entonces. El grande hombre, cuya voluntad no estuvo jamás al nivel de su inteligencia, cayó en la falta increíble de hablar un día entre cuatro paredes, en la sala de aquel mismo dictador que derribara la tribuna de los Rostros. Si no estoy equivocado, la oración por Deyotaro se dijo en las alcobas de César. La elocuencia romana recibió en el cenit esta sombra de triste decaimiento. Cicerón hablaría mejor teniendo por auditorio á Bruto y Casio que no á César y Antonio. Sin embargo, mucho se dijo también de cosas particulares y domésticas. Quejóse Tertula de haber malparido un hermoso muchacho á causa de los sustos. Favonio, un republicano que no

quiso ayudar á los conjurados en su proyecto y en su triunfo, los acorría y auxiliaba en sus angustias y adversidades. Acababan de nombrarlos proveedores de trigo á la ciudad, con poder para ello sobre ciertos distritos ribereños del Mediterráneo. Estos cargos, tan por extremo inferiores á las categorías que gozaban y á sus antiguos puestos, parecíanles una especie de insulto. Casio perdía la cabeza y juraba por sus dioses domésticos, por sus padres muertos, por todo cuanto puede comprometer á un romano de su temple, no tomar como un beneficio lo que había sido un agravio. Los ojos, al decir tales cosas con exaltación y rabia, salíansele de las órbitas. A Cicerón todo se le volvía darles consejos de prudencia, persuadirles á la conformidad con sus cargos, preguntarles dónde iban y qué hacían si tomaban de tal suerte una irremediable derrota. Casio se ponía furioso, vomitando amarguísimas cóleras, diciendo incoherentes frases, hasta jurar que no tardaría en irse á una provincia llena de pompeyanos fieles, rompiendo en abierta rebelión implacable contra el usurpador Antonio. Y Cicerón continuaba preguntándoles qué harían de Bruto, al cual no le estaba permitido ni quedarse allí en los alrededores de Roma eternamente, ni mucho menos partirse para la ciudad y para el hogar, donde le aguardaba la muerte. Bruto no

quería creer en tal extremidad. Parecíale imposible que los romanos le guardaran á él una ingratitud idéntica con la guardada por él á César. Cicerón trazaba con vivos colores las costumbres ya serviles de una Roma resignada en largos lustros á la tiranía, y la disconformidad irreconciliable del pueblo y del ejército con los tiranicidas. Conforme iba él diciendo tales cosas, los oyentes gritaban y gemían como si los golpeasen é hiriesen. Aquí se oía el sollozo de una mujer desesperada é inerme, allí el resuello de un soldado resuelto á morir ó matar. Como acontece, por ley natural, entre todos los vencidos y todos los desesperados del mundo siempre, ninguno creía la rota debida, ni al propio criterio, ni á la propia resolución; todos mutuamente se imputaban la falta unos á otros. Casio reconvenía con acerbidad á su hermano Bruto por haberle disuadido con discursos y con actos á matar al pretoriano Marco Antonio; y no caía en que tras Antonio se dibujaba el dictador Octavio, cual Antonio surgiera tras el dictador César: que si la tiranía se halla sembrada en el suelo y esparcida en el aire, no hay medio de conjurarla, siendo como es una especie de universal epidemia que á todo el mundo contagia. Cicerón se retraía de pintar lo sucedido en Roma tras el atentado por no herir una susceptibilidad tan vidriosa como la sus-

ceptibilidad natural de los vencidos. Pero insistiendo mucho éstos, Porcia y Servilia sobre todos, Cicerón les dijo cuanto pensaba en elocuentísimo discurso.

Su palabra trató de probarles cómo siguieran al mismo á quien mataran en sus proceder y pensamientos, fiando más de sí que de su idea y de su fe. Debieron los vencedores congregar el Senado, reconstruir la tribuna, enardecer el pueblo, tomar en mano la fuerza del gobierno y convertirla en fuerza de su idea, subir al Estado y asentarse sobre sus cumbres, evocando la muerta y enterrada república por medios tan activos y complejos cual aquellos que sirvieran á su muerte y á su entierro. Servilia le opuso numerosísimas objeciones, inspiradas en el partido á que perteneciera siempre, partido bien opuesto al de su muerto hermano Catón y al de su agonizante hijo Marco Bruto. Porcia quizás pensó que si el gran Cicerón, como lo hablara lo hiciera, estuviesen todavía en Roma; pero la discreción propia de su elevado carácter y el silencio propio de su elevada filosofía la retrajeron de dar opinión y acallaron sus ideas al momento de brotar en sus labios. Bruto y Casio, vencidos, no tanto por la persuasión que prestaba toda frase del orador cuanto por la verdad intrínseca de sus observaciones, convinieron á una en acep-

tar las dos provincias resignados, mas con la reserva de no aceptar aquel destino de frumentadores muy por bajo de sus respectivas dignidades. Intervino Servilia en este período crítico del diálogo, muy ufana con su influencia sobre los cesaristas sobreviviente á la muerte de César, y prometió interceder con Antonio á fin de alcanzar la remisión del cargo tan insoportable á las dos empujadas alturas de su deudo y de su hijo. Porcia debió mirar desde las alturas de sus ideas estoicas tan implacables el sensualismo práctico de su epicúrea suegra con verdadero asco. No les quedaba, no, á los republicanos otra salida que la retirada. Con mucha fe viva en el ideal abstracto, pero sin medios prácticos, no ya de cumplirlo, de defenderlo, quizás á la imposibilidad completa de la empresa le ha llamado una historia demasiado severa imprevisión, ininteligencia, torpeza de los que la idearon. No conozco nada más natural, pero tampoco más estéril que las recriminaciones contra unos vencidos, quienes acaso no cayeron en otra falta más que en la grave, gravísima, de intentar una victoria imposible. El que trata de conseguir un privilegio para sí, obtenido, le basta querer conservarlo para conseguir su conservación muchas veces; pero el que trata de conseguir un derecho para todos, no lo guarda, como todos, cual él mismo, no tengan interés y em-

peño en guardarlo. Muerto César, se vió que la tiranía no radicaba en el alma del dictador, sus raíces ahondaban más, iban hasta la voluntad interior del pueblo. Si al pueblo le presentaban la libertad y el pueblo no la quería ¿cómo transfundir un alma individual en el alma superior de todo un mundo? Allí, en el corto cenáculo compuesto por la familia de los libertadores mismos, latían los partidos, bajo cuyas discordias Roma perdiera su nativa libertad. Servilia estaba con los cesaristas y con los epicúreos; Porcia con los republicanos y los estoicos. Dentro de una familia, cuyo dios era Catón, cuyo jefe Bruto, cuyo amor é inspiración Porcia, el cesarismo había penetrado llevando sus vicios y la deshonor indeleble á estos vicios consiguiente. Porcia, tan severa, tan creyente, tan sublime, había debido tolerar que la hermana de su padre, la hermana mayor, que la madre de su esposo, la madre de Bruto, tomase parte activa en la conversación empeñada entre republicanos para salvar la libertad. Y Servilia en su juventud corrompió á César, le hizo creer sin fundamento que Bruto era suyo, le aconsejó en las persecuciones contra los republicanos, recibió de su munificencia muchas fincas confiscadas á éstos, entre las cuales aun tenía la quinta napolitana de Aguila, y, acabadas sus gracias por los años, prostituyó sus hijas, hermosas y